

EL METODO GENERACIONAL **Posibilidades y limitaciones**

Emilio Carilla

Introducción

Es de sobra conocida la acumulación de métodos críticos que nos ha deparado el siglo XX. O, con más exactitud, los últimos cincuenta años. Se produce, así, un particular fenómeno, fácil de notar, y que consiste en la cómoda traslación del juicio valorativo que, entre otras cosas, llamó primero al siglo XVIII el "siglo de la crítica". Después, pasó la denominación al siglo XIX, y hoy, aunque no se lo repita tanto, no cabe duda de que el consenso general adjudica claramente el nombre al siglo XX. Y razones hay.

A su vez, la extraordinaria proliferación de métodos determina en ocasiones momentos confusos cuando vemos la rápida sucesión de los sistemas y, como prendas, terminologías especiales no siempre imprescindibles. Esto sea dicho, claro, con la obligada salvaguardia de métodos que consideramos positivos.

Asimismo, la urgencia de novedades críticas suele determinar situaciones un tanto contradictorias. Todos o casi todos- estamos de acuerdo en la debilidad que, particularmente en las historia de la literatura de comienzos del

siglo, significaba el silencio sobre los "autores vivos". Y no hace falta citar las razones que abonaban este extraño criterio. Pues bien, tampoco no deja de ser harto discutible la tendencia, bastante notoria en las últimas décadas, que junto con la defensa y aplicación de métodos "nuevos", decreta, o poco menos, la necesidad de limitar el material literario de aplicación a los años recientes, como si lo anterior -grande o no tan grande- no existiera. El humanista Ernest Robert Curtius señalaba, irónicamente, algunos ejemplos que extraía de la crítica de la literatura alemana, a los que sólo interesaba lo producido en los últimos veinte o treinta años. Claro que no hace falta ir muy lejos, ni recurrir a tan ilustre testimonio: cerca de nosotros tenemos casos semejantes.

Todo esto nos indica una nueva señal del cambio de los tiempos, que, sin forzar demasiado los entronques, se liga a la larga "querrela de los antiguos y los modernos" (larga querrela que sería ingenuo encerrar sólo en las famosas disputas francesas que le dieron nombre). Bien es verdad que hay una larga tradición de escritores ilustres (Montaigne, Quevedo, Schopenhauer, Nietzsche, Emerson y tantos otros) que reiteraban su estimación por los antiguos y su desapego, más o menos hiriente, por los contemporáneos. La actitud -reconocemos- era sin duda injusta. Pero tanto o más injusta es, en oposición, el desdén de muchos contemporáneos que sólo aprecian como válido lo actual o reciente.

El fenómeno es aún más complejo, si tenemos en cuenta, a través de los vaivenes de la crítica, que de ninguna manera se cierra, en determinados casos, la posibilidad de estudiar a los escritores del pasado, siempre que se lo haga mediante los recursos de la "nueva crítica". Un ejemplo, entre muchos, está dado por la reciente difusión de las ideas de Mijail Bajtin, y en especial las que expone en su libro sobre Dostoievski¹.

1 ver, ahora, Mijail BAJTIN, Problemas de la Poética de Dostoievski, trad. de Tatiana Buebnova, México, 1986. De más está subrayar la difusión que terminología y conceptos de Bajtin (carnavalismo, dialogismo, monologismo, intertextualidad, etc.) han tenido y tienen en centros, particularmente universitarios...

Por descontado, el auge de los sistemas cerrados o unitarios no excluyó de ninguna manera la utilidad de aspectos parciales de enfoque (fluir de la conciencia, monólogo interior, punto de vista, discurso indirecto libre, secuencia narrativa, etc.), como desarrollo independiente.

En otro plano, lo que resulta paradójico es que, junto a la abundancia de métodos, a los aportes de la "nueva crítica", acumulados en los últimos años, sea imposible negar la supervivencia casi increíble de formas de la crítica impresionista, visible en infinidad de reseñas y notas, así como el crecimiento extraordinario de esa especie híbrida, periodístico literaria, que es la entrevista.

Con frecuencia, la aplicación de un método "nuevo" representa la condenación o el olvido de otros métodos, viejos o recientes, y más allá del trastrueque de las denominaciones. Así, por ejemplo, durante mucho tiempo mencionar la "crítica universitaria" equivalía a mencionar la crítica filológica. Hoy, lo normal es que equivalga, sin exclusividades, a métodos nacidos en los últimos años, con asiento mayor en los claustros, tal como, entre otros, lo recuerdo en párrafos de André Malraux.

A propósito de la crítica filológica, solemos quejarnos -y con razón- de las deficiencias de los textos, particularmente de los textos de pasados siglos (como ocurre con cantidad de ediciones argentinas del siglo XIX), pero vemos también que la queja no estimula mucho la preparación de buenas ediciones, críticas o no, vinculadas a tales textos. Y no cabe duda de que aquí la crítica filológica ayuda, aunque no siempre se reconozca el esfuerzo que tal tarea representa. Por descontado, muy superior al de muchos estudios superficiales, hechos con métodos viejos o nuevos.

Siguiendo con la línea un tanto marginal -o ucrónica- que nos marca precisamente la posible vigencia o utilidad de la crítica filológica, creo que reflexiones semejantes son válidas, con igual localización general, para tópicos como el de los estilos de época, o el de las periodizaciones literarias, sobre los cuales caben, es cierto, las actitudes más diversas, pero que no resulta fácil dejar de lado sin crear vacíos, cuando se entra en el análisis de los múltiples problemas que nos presentan la crítica literaria.

I. Las periodizaciones literarias

Aceptamos, en principio, que las periodizaciones literarias nacieron como necesidad elemental de ordenar una materia de número creciente y, al mismo tiempo, como resguardo de un caudal artístico de valor reconocido. Riqueza que, sin el resguardo de agrupamientos, sistematizaciones y vínculos más o menos armónicos, corría el peligro de perderse o esfumarse. La justificación explicable debe estar en un respaldo metodológico adecuado.

Aceptamos, igualmente, que, sin rechazar la posibilidad de otros enfoques, ha prevalecido la identificación entre periodización literaria e historia literaria. Y sobre esta base (aquí podríamos acudir a la ayuda del maestro Wellek) cabe admitir, asimismo, la relación entre teoría, crítica e historia literaria.

Otra propuesta que es lícito admitir es la significación que concedemos al siglo XVIII, si no como preciso origen, como afirmación y verdadero punto de partida en la profusa galería de las periodizaciones literarias. Precisamente, esta afirmación, al apoyarse sobre todo en conexiones entre literatura y sociedad, dio un sello especial a aquellos enfoques, continuados en el siglo XIX, aunque bien pronto -sin que desaparecieran del todo las conexiones entre literatura y sociedad- fueran suplantados por otras concepciones o sistemas. Fueron así surgiendo, a lo largo del siglo XIX, junto con las variantes originadas en difundidas teorías individuales de la crítica literaria, nuevas periodizaciones. Por descontado, todas ellas con el loable propósito de ahondar más y más dentro de una materia variada y al mismo tiempo compleja. Lo importante era ya abarcar, muchas veces como aplicación de la entonces muy defendida "Ley del Progreso", un panorama cada día más amplio. Paralelamente, con la necesidad de establecer nuevas escalas de valores, con las sumas y restas explicables.

Como he dicho, sin desaparecer el fundamento muy del siglo XVIII de la relación entre literatura y sociedad, otros métodos lo sustituyen. Se hable o no de "épocas" o etapas literarias, aparecen y se extienden -como base- los

conceptos de edades, escuelas,² géneros, cenáculos, "siglos literarios" (de raíz anterior), ideologías, reflejos políticos, estilos de época. Sin descartar, bien que con criterio que consideramos puramente biológico, la división por "generaciones" literarias. Lejos todavía (a pesar de Dilthey) de las teorías que se han extendido en nuestro siglo. En fin, por esta dirección llegamos a actitudes extremas o singulares, como las propuestas por Paul Valéry y algunos otros cuando proponen historias o grupos literarios sin nombres de autores³.

También es fácil ver cómo se van perfilando distintos enfoques, cuyas dimensiones espacio-temporales recorren caminos que tocan desde una ambiciosa y casi utópica "Literatura Universal" hasta más aprehensibles literaturas continentales, nacionales y hasta regionales (de región literaria). Y me reduzco, claro, a los testimonios más comunes.

El concepto de literatura universal es realmente una abstracción, y ha servido -o puede servir- a un grupo particular de obras, individuales o colectivas. En especial, individuales (como las de O. Walzel, G. Prampolini, R. Esquerre -síntesis- y hasta al curioso ensayo de Ezequiel Martínez Estrada). Con otros límites, a obras como las de Georg M. Brandes, F. Lollié, Paul van Tieghem y, en general, representantes del comparativismo, dentro de su sector específico.

En cierta medida (nada más que en cierta medida) la idea de una *Literatura Universal* me ha parecido semejante

2 Y no hace falta recurrir a la autoridad de Alphonse Daudet, bien apoyado en su siglo, cuando dictaminaba que "las escuelas literarias son una especialidad de Francia". Y su mejor respaldo estaba, sin duda, en la rápida difusión que denominaciones y "escuelas" francesas ganaban en el mundo decimonónico.

3 También Paul Valéry, como sabemos, mostraba su escepticismo con respecto a nombres como Clasicismo, Romanticismo, Humanismo, Realismo, que llegaba a comparar con las "etiquetas de botellas". (ver P. VALÉRY, Cahiers, II, París, 1974, pp. 1220-1221). Curiosamente (o, quizás, no) la actitud de VALÉRY guarda aquí semejanza con la de K. J. Huysmans, cuando en su obra En marge (París, 1927, p. 45) mostraba una idea semejante, de desapego a las denominaciones de épocas artísticas.

a la de la *Estilística general* (és decir, de todos los hombres), propuesta por Charles Bally. Vale decir, con un valor utópico o ideal⁴. En rigor, el punto de apoyo de la *Literatura universal* debemos verlo en las reflexiones de autores alemanes. Sobre todo, en la *WeltLiteratur* de Goethe y en el método histórico filosófico de Hegel. Con anterioridad, ya Herder se centraba más en la noción de *Literatura nacional*.

Aparentemente, la noción de *Literatura continental* nos permite una concepción espacio temporal, tal como he dicho, más aprehensible. Suele apoyarse en la proximidad y el contacto, en determinados sincronismos (Hallam, G. M. Brandes, G. Cohen, Paul van Thieghem, etc). Conviene decir de inmediato que este nombre -*Literatura continental*- se diluye un tanto al enfocar el aspecto de la lengua común, ya que no hay continentes que estén ligados por "una lengua". Sin embargo, tal obstáculo no existe para nosotros cuando, sobre la base de lo que es, en rigor, un semicontinente, porfiá-mos sin descanso -y, creo, con fundamentos- por una Literatura Iberoamericana, de la América Hispánica, de América Latina, de Hispanoamérica (y dejo en el tintero otros nombres más o menos parecidos). Así, pues, es posible que esta partición no tenga un valor especial para otros continentes, pero para nosotros sí lo tiene. Y, por motivos obvios, no entro a dilucidar en estas generalidades, de acuerdo con lo dicho, la existencia o no de una "Literatura Iberoamericana"...

En el caso de la *Literatura nacional* nos movemos en un terreno que nos parece más firme, si bien tampoco suelen faltar aquí (no han faltado) polémicas acerca del contenido que debe darse a lo *nacional*. Y, no menos, al signo e individualidad que deben tener las obras literarias de un determinado país para que se las considere esencialmente "nacionales".

Es explicable que tales planteos no se originan, valga

4 Bally hablaba de "tres estilísticas": general, particular (de un lenguaje) e individual (de un autor). Cf. Charles BALLY, Traité de Stylistique Francaise, I, ed. de Ginebra, 1951, pp. 17-18. Aclaro que la 1ª ed. es de Heidelberg-París, 1909, con precedentes en 1905.

el ejemplo, en Europa, y sí se originan en América. Aquí puede servirnos como ejemplo cercano el caso argentino, aun con las diferencias que va marcando el paso del tiempo y el distinto enfoque que determinan, asimismo, el siglo XIX y el siglo XX. La dilucidación del problema parece fácil substituyendo, en nuestro ejemplo, el nombre de *Literatura nacional* por el de *Literatura argentina*. Pero tal substitución no deja de ser un escamoteo si solo pretende una denominación con conexiones políticas y geográficas, en lugar del contenido espiritual identificador que debe caracterizar a una *Literatura nacional*. Más allá, claro, del delicado e interminable problema a que nos lleva el intento de dilucidar dónde termina lo ajeno y extraño y dónde comienza lo propio y "nacional"...(En fin, dejo para más adelante, y sin salir del tema de las caracterizaciones de la literatura argentina, la polaridad que se establece entre aquellos que aceptan y aquellos que niegan la existencia de una "literatura argentina").

Sin ánimo de agotar la serie, penetramos en un mapa distinto cuando entramos a discutir el concepto de *Región literaria*. Cabe, me parece su mención. En primer término, como defensa del nombre que intencionadamente propongo, y que supera -eso creo- el más discutible nombre de *Literatura regional*. Por lo pronto, veo el nombre "Región literaria" más afín y coherente, o, si preferimos, menos aislador que el de "Literatura regional", en relación a *Literatura nacional*. En fin, lo que pretendo es mostrar que entre *Literatura nacional* y *Región literaria* puede defenderse un sentido de integración que no se palpa con tanta claridad cuando hablamos de *Literatura regional*. Y, en última instancia, me parece que el vínculo *Literatura nacional* - *Región literaria* servirá mejor no sólo al enfoque excluyente de Buenos Aires. sino también (y esto es lo que realmente importa) para que tengamos un cuadro fiel de una realidad literaria total.⁵

5 Uno de los estudiosos argentinos que más preocupación mostró por resolver problemas reales (y falsos problemas) en relación a la polaridad Literatura nacional y Literatura regional fue, indudablemente, Bernardo Canal Feijóo. Hay numerosos testimonios suyos de esta preocupación, y puedo dar fe de ello, no sólo a través de sus escritos, sino también como ocasional compañero de congresos y reuniones (Tucumán,

Todo esto, por descontado, en la consideración que merece el punto de vista del contenido. Paralelamente, y en relación al autor o autores, no podemos olvidar las diferencias que, sobre todo en nuestro siglo (y más en los días que corren) determinan variantes con respecto al predominio que durante siglos significó el autor individual. Me refiero, como se adivinará, al predominio absoluto del crítico individual.

Hoy día asistimos a una expansión de la obra colectiva. Quiero decir, a la "historia literaria" (para decirlo con mayor propiedad) que reconoce una serie de autores que colaboran bajo la dirección de un director. A su vez, las variantes no se detienen aquí, y, como ocurre en el reciente intento de Francisco Rico en relación con la Literatura española, la obra colectiva puede también adquirir la forma de una especie de antología de la crítica, enfocada con criterio histórico.

Sin entrar en pormenores y excepciones, no cabe duda de que el deslinde básico entre la obra individual y la obra colectiva suele estar en la diferencia que, como origen, subrayan las dos posiciones: más unitaria y homogénea la obra individual. Con la contrapartida que supone la pretensión de abarcar un material nutrido, que muchas veces obliga

Salta, Santiago del Estero, etc.). Y no hablo de los diálogos fructíferos, como eran siempre las conversaciones con Canal Feijóo. Creo que sintetiza bien sus ideas el artículo conferencia titulado ¿Qué debe entenderse por literatura nacional?:

"¿Cómo distinguir la una de las otras: nacional, simplemente, la que se produce en "la capital"; regional, la que se produce en "el interior"? Distinguir lo regional dentro de lo nacional ¿envuelve quizá una jerarquización que lo suponga a priori en relación equivalente a la que liga a la provincia (provincia, etimológicamente provictor, es decir, sometida al victorioso) con la Nación?" (Ver Boletín de la Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1981, XLVI, pp. 41-48). Finalmente, sus preguntas, de nuevo respondidas por otras preguntas, se resolvían en la defensa de lo regional como "autenticidad de su expresión cultural", la originalidad de la autenticidad.

al crítico a "juzgar" obras que no ha leído, y que simplemente conoce a través de una información de segunda o tercera mano (y con derivaciones, a veces, pintorescas).

Por otra parte, la obra colectiva, tarea en la que un conjunto de críticos procuran con un plan de trabajo que propone un director o guía. De más está decir que esta colaboración presupone casi siempre un mayor ahondamiento en los temas o monografías, si bien difícilmente se reflejan en una estructura homogénea o enlazadora, en el uso de métodos comunes y en apoyos que guardan proximidad. Por supuesto, mucho depende del papel del director de la obra, aunque a través de los casos conocidos, la labor de éste se limita a una supervisión externa, o de vigilancia. Hay, sin embargo, para dar algún ejemplo, intentos logrados como *A literatura no Brasil*, dirigida por el profesor Afranio Coutinho, que, por diferentes motivos, se aproxima a lo que esperamos de este tipo de historia literaria.

II. Las periodizaciones de la literatura argentina

Un punto previo, tal como anticipé, consiste en dilucidar el problema que algunos argentinos -y argentinos destacados- se plantearon, no hablemos de los extranjeros, acerca de la existencia o no de una "Literatura argentina". Observe-mos que entre los juicios retaceadores figuran nombres como los de Bartolomé Mitre, Miguel Cané (h), Juan Agustín García, Enrique Banchs, Paul Groussac, y hasta el Ezequiel Martínez Estrada de postrimerías⁶.

6 El crítico B. Ventura Pessolano, en una acotación a la Historia de Ricardo Rojas, escribía sobre la literatura argentina:

"Nuestros historiadores, por desamor o por falta de genio para darle vida, hasta llegaron a dudar de su existencia". (B. VENTURA PESSOLANO. La historia de la literatura argentina y el método de Rojas [1917]. En La obra de Rojas, Buenos Aires, 1928, p. 226).

Por descontado, suman muchos más -y no con jerarquía menor- los que defienden su existencia. Y no hablemos de la multitud que considera inútil plantear cualquier duda al respecto. En fin, quizás lo más exacto sea decir que hoy muy difícilmente se encara el problema con una actitud negativa. Y a esta posición me sumo, sin descartar la posibilidad de un debate sobre el tema. Mientras tanto, un punto de partida positivo nos da el material elemental para las

tos que en el futuro han de formar la obra de conjunto". Estimaba la obra de Heredia, Olmedo, y la de los "gramáticos", Bello, Baralt, Caro y Cuervo... (Cf., B. MITRE, "Carta a Miguel M. Ruiz". En Correspondencia literaria, histórica y política. III, Buenos Aires, 1912. pp. 169-178; id., "Letras americanas" En La Biblioteca. Buenos Aires, 1897, IV pp. 61-77). De esta negación continental a la negación nacional no hay -creo- mucho trecho.

En 1912, Enrique Banchs, en discrepancia con tendencias "nacionalistas", acrecentadas con motivo del Centenario, no sólo negaba la existencia de una "literatura nacional", sino que sostenía, al mismo tiempo, que no resultaba conveniente. Banchs contraponía la universalidad de los sentimientos frente al localismo de una literatura apoyada -dice- "en términos criollos". (Cf., E. BANCHS, "La literatura argentina", En La revista Nosotros, Buenos Aires, 1912, VI, N° 4, pp. 217-222).

Por su parte, Juan Agustín García dictaminaba:

"Nosotros carecemos de una literatura; y nuestras leyendas, de un simbolismo algo pueril, se reducen a Santos Vega o al episodio de Lucía Miranda" (J. A. GARCÍA. "Sobre nuestra incultura" [1922], en Obras completas II, Buenos Aires, 1955).

Y en fin, el Martínez Estrada de los años finales:

"Si no hemos alcanzado siquiera a producir una literatura mediocre, ni a consolidar una cultura pareja con los adelantos materiales ¿qué significa la historia y los comentarios donde se mencionan, en correlación, a Sainte-Beuve, Coleridge, Croce y Thibaudet?". (E. MARTINEZ ESTRADA. Para una revisión de las letras argentinas. Prolegómenos. Buenos Aires, 1967. p. 12).

periodizaciones, así como, a su vez, las periodizaciones nos permitirán afirmar la existencia de la literatura argentina.

Entro, pues, en el tema, y digo que es llamativo el fenómeno que determina la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas (1a. ed., 4 vols., Buenos Aires, 1917-1922), desde el momento de su aparición hasta los días que corren.

Aún sabiendo que su época de mayor difusión está ya lejos de nosotros, y sin entrar a terciar en el gastadísimo tópico de sus virtudes y defectos⁷, sería injusticia poner en duda su valor de hito fundamental en nuestra crítica. Por lo que representó como recopilación detallada del pasado literario de la Argentina, como aplicación de un método (al que no podemos reprocharle que responda a concepciones muy de su tiempo), y, en fin, como enlace con reflexiones suyas sobre la teoría de la "argentinidad" y sobre la realidad histórico cultural del país (esto último, hasta con algunas conexiones herderianas).

Todo esto tiene validez y, en adecuada perspectiva, no creo que convenga discutirlo. Pero lo que aquí me importa es subrayar no sólo el papel que desempeña la *Historia* de Ricardo Rojas en nuestra crítica, sino también el curioso espejismo que significa aún en nuestros días dicha obra. Consultada o no, está claro que representa para muchos el verdadero comienzo de la bibliografía crítica sobre nuestras

7 A mi modo de ver, y sin olvidarme del tiempo transcurrido desde la publicación de esta *Historia*, carecemos aún de un estudio detallado y desapasionado de esta conocida obra. Por supuesto, es obra, a su vez, con "historia" propia, en la que, valga el ejemplo, entran por un lado los artículos laudatorios reunidos en La obra de Rojas (Buenos Aires, 1928), y, por otro, la crítica adversa, en serio y en broma, que incluye, entre otros testimonios, los trabajos de Jorge M. Furt y las burlas de Paul Groussac y de Ortega Anckermann. El grupo es desigual, aunque tampoco valen mucho los artículos laudatorios (quiero decir, la mayor parte de los artículos laudatorios).

Paralelamente, notamos la ausencia de un estudio minucioso y fundado sobre La crítica literaria en la Argentina, donde, es indudable, debe dedicársele a la Historia de Rojas el lugar que merece.

letras. De esta manera, en parte también con el exagerado respaldo que el propio Rojas daba en 1913 a los fundamentos bibliográficos de su cátedra, hay bastante injusticia para todos aquellos que, con mayor o menor capacidad, con mayor o menor contribución, se habían ocupado antes de la literatura argentina. Aún más, es bueno también recordar que, dentro de su carácter modesto, pocos años antes de la fundación de la cátedra, es de rigor mencionar la aparición de obras sistemáticas o más detalladas (García Velloso, Alonso Criado) que, en algunos aspectos, parecen anunciar los volúmenes de Ricardo Rojas de 1917-1922. Claro que aquí importa mucho menos la significación que la intención⁸.

En síntesis, pues, aunque no se trate de un descubrimiento ni mucho menos, es de rigor señalar que antes del período que establecemos entre 1913 y 1917-1922, una cantidad apreciable de críticos -argentinos y extranjeros- trazaron, con mayor o menor pericia, cuadros orientadores sobre nuestras letras. Y, cosa que realmente interesa en estas generali-

8 Cf.: "Se me entregue una cátedra sin tradición y una asignatura sin bibliografía (...)"

Y repite:

"He dicho en otro parágrafo que quien se vea llamado a profesar en esta cátedra de Literatura Argentina deberá no solo dictar la asignatura sino crear la materia. He agregado que es una asignatura sin bibliografía. Quiero decir que carecemos de una Historia crítica de la Literatura argentina (...)". (R. Rojas. "La Literatura argentina". En la revista Nosotros, VII, N° 50. Buenos Aires, junio 1913. pp. 338 y 363.

De las declaraciones de Rojas se hicieron eco fáciles "rapsodistas". Es justo agregar que cuando Ricardo Rojas publicó finalmente su Historia atenuó sus comentarios de 1913 sobre la escasez bibliográfica y la ausencia de precedentes de su obra. De manera especial, en lo de la escasez bibliográfica, y citó algunos nombres -pocos- como antecesores. Más justo hubiera sido un reconocimiento minucioso de la crítica anterior, pero la verdad es que Rojas se sintió más tentado por subrayar lo que él aportaba.

dades, se vieron también impulsados a establecer no sólo tablas de valores sino periodizaciones literarias, con el fin de ordenar y dar cabida a un material creciente. Otra particularidad digna de mencionarse es la de que, en esas periodizaciones, aparece cierta variedad de métodos, con el predominio de planteos rápidos y esquemáticos. Con ideas y concepciones típicas de la época, junto a los reconocibles modelos. Por último, creo que es necesario aclarar que una buena parte de las periodizaciones se centran (a veces, como incompletas escisiones) en los "poetas", o, mejor, en las obras en verso, y no en una visión totalizadora de la literatura.

Presento ahora un cuadro que resume un material harto nutrido. Como que consta de alrededor de cincuenta testimonios, que dispongo en dos sectores con los títulos de *Siglo XIX* y *Siglo XX*. O, más exactamente, para fijar el papel escindidor de la *Historia* de Rojas, con lo que está antes y después de esta obra. Como anticipo, diré también que, sin considerarlo siempre material desechable, he eliminado el considerable sector que, sobre todo en nuestro siglo, representan los inconfundibles manuales escolares. En especial los posteriores a 1920.

Siglo XIX

1841. Florencio Varela	Dos "generaciones".
1841[1842]Juan Bautista Alberdi	Dos "generaciones"
1844. Joaquim Norberto de Sousa e Silva	Una (dos) "épocas".
1845. (ver, también 1881). Sarmiento	Acotaciones sobre lit. argentina.
1863- José María Torres Caicedo	Lit. Hispanoamericana. "Épocas".
1868 do	
1877. Juan María Gutiérrez	Tres "generaciones de poetas".
1880. Gregorio Uriarte	Tres "épocas".
1880. Nicolás Avellaneda	
1884. Martín García Mérou	"Generaciones".
1890. Lucio V. Mansilla	Cuatro "generaciones".
1890. Juan Antonio Argerich	Tres (o cuatro) "épocas".
1895. Menéndez y Pelayo	Tres (o cuatro) "épocas" (y estilos).

1896. Bartolomé Mitre Tres (a partir de 1837)
"generaciones históricas".

Siglo XX

a)

1901. Paul Groussac

1906. Emilio Becher.

1908. Emilio Alonso Criado

1910. Enrique García Velloso

Historia y "épocas".

"Epocas" (más gauchescos. M.
y P.).

1912-

1914. Alejandro Korn

Ideología.

"Generaciones románticas".

b)

1913. Ricardo Rojas (I)

Anticipo.

1917-

1922. Ricardo Rojas (II)

"Epocas" (más gauchescos.
M. y P.)

1923. Ricardo Rojas (III)

"Generaciones".

1948. Ricardo Rojas (IV)

(Id., agregados. IV)

c)

1916. Joaquín V. González

"Generaciones de poetas".

[1920]. José Gabriel

"Generaciones".

1922. Juan Agustín García

1923. Eugenio D'Ors

"Generaciones".

¿1925?. Alejandro Korn

(ver antes 1912-1914)

"Generaciones
ideológicas".

1928. Pedro Henríquez Ureña-

Narciso Binayán

1931. Juan B. Terán

"Generaciones".

1931. Horacio Quiroga

1939. Alberto Gerchunoff

"Etapas".

1939. Manuel Mujica Láinez

"Generaciones".

1940. Diego Luis Molinari

"Generaciones históricas".
Siglo XIX.

1943. Horacio Rega Molina

1943. Arturo Cambours Ocampo "Generaciones".
1948. Arturo Giménez Pastor "Épocas", estilos y formas genéricas
1952. Arturo Cambours Ocampo Seis "generaciones".
1954. Emilio Carilla Diez "generaciones".
1957. David Viñas "Generaciones" (Petersen).
1957. Arturo Berenguer Carisomo "Ciclos estéticos".
- 1958-
1960. Rafael Alberto Arrieta (Dir.)
1961. Angel Rosenblat "Generaciones" de la lengua. Siglo XIX.
1962. Diego F. Pró "Generaciones ideológicas".
1963. César Fernández Moreno "Generaciones". Siglo XX. Revistas literarias.
1970. Jaime Perriau "Generaciones históricas".

Como vemos, si tomamos como año divisorio el de 1920, por los motivos ya explicados, lo que resalta con anterioridad es la alternancia entre *época* y *generación*. Por lo común, épocas centradas en etapas poéticas. Y generación, con el adivinable contenido biológico -o biológico-determinista-, tal como puede esperarse entonces. No encontramos, claro, las denominaciones de *siglo* y *edad*, tan corrientes en periodizaciones europeas, y que entre nosotros hubieran podido alcanzar límites de lo grotesco.

En el caso particular de las generaciones, me parece oportuno subrayar la especial situación de Alberdi, que nos ofrece, sobre todo desde 1841 y hasta el final de su vida, una constante alusión a las "generaciones". Con hitos destacados en los siguientes años: 1838 ("La Generación presente...", en *El Iniciador*, de Montevideo, 16 de junio de 1838); 1841 ("Refutación", en el Certamen de Montevideo); 1842 (crítica sobre "La Batalla de Caá-Guazú, en *El Nacional* de Montevideo, 23-24 de febrero de 1842); 1845 ("Los americanos ligados

al extranjero", artículos publicados en *El Mercurio*, de Valparaíso); 1870 ("Notas", publicadas posteriormente en los *Escritos póstumos*)...

A su vez no dejo de reparar en que si bien ya Alberdi había mostrado como "Figarillo" su adhesión a las "generaciones", el ensayo de 1841 no muestra con tanta claridad una precisa apelación al concepto. Pero la frecuencia con que Alberdi vuelve después al tema de las generaciones no deja ninguna duda acerca de la importancia que el pensador tucumano les concedía.

Sobre la *Historia* de Ricardo Rojas es mucho lo que se ha escrito, y es mucho lo que puede agregarse. Sin embargo, no insistiré en este tópico, salvo algunas noticias confrontadas. Así, por ejemplo, no suele repararse, por ligereza o por omisión, en que esta difundida obra debe bastante, en su periodización, a Menéndez y Pelayo⁹. También quiero

9 Una lectura atenta de la Antología de poetas hispanoamericanos de Menéndez y Pelayo (4 vols., Madrid, 1893-1895), y, de manera especial, la lectura de la introducción crítica dedicada a la poesía argentina (que era, en realidad, una visión de la literatura argentina), esa lectura -repito- mostraba sin divisiones internas muy marcadas, tres épocas cronológicas bien definidas, y una parte final dedicada a la literatura gauchesca. Mejor dicho, la clasificación interna de Menéndez y Pelayo revela estas cuatro partes notorias: época colonial, época de los Proscritos, época de los Modernos, y los Gauchescos. De más está hablar del prestigio de don Marcelino a comienzos del siglo, y no creo que sea un simple espejismo ver sus reflejos en la Historia de la literatura argentina de Enrique García Velloso (1ª versión, La Nación, B. Aires, 1910; 1ª ed. en libro, B. Aires, 1914) y en la más ambiciosa Historia de Ricardo Rojas, pocos años posterior (1917-1922). García Velloso sigue el orden estricto del crítico español, al colocar a "los gauchescos" al final. Por eso, sin establecer un cambio radical, me parece de mayor coherencia la actitud de Rojas. De mayor coherencia que García Velloso, puesto que las cuatro partes de la Historia de Rojas (Los Gauchescos, Los Coloniales, Los Proscritos y Los Modernos) revelan que la colocación de los gauchescos en primer lugar, como manifestación temático genérica que atraviesa toda la literatura argentina, frente a las otras tres manifestaciones histórico temporales,

puntualizar, aunque esto no significa ninguna relación, en que la *Historia* de Rojas coincide prácticamente en el tiempo con los primeros intentos españoles de una teoría de las generaciones, intentos que ofrecen una prioridad, no diré absoluta, pero sí digna de subrayarse. Concretamente, las teorías no son otras que las que, alrededor de 1923, llevan los nombres de Eugenio D'Ors y José Ortega y Gasset. Admitimos la desigual extensión que media entre la breve "glosa" de Xenius y el entero libro de Ortega, así como la aún más desigual significación que las dos teorías tendrán en la bibliografía posterior. Con todo, es bueno saber que dentro del parejo prestigio que los dos filósofos españoles tuvieron por aquellos años en la Argentina, la teoría de Xenius está ligada al cuadro generacional del crítico José Gabriel. Y agrego, presenta algunas conexiones -pocas- con nuestra realidad¹⁰. Aquí sólo cabe agregar que la teoría de Ortega, frecuentemente citada, comentada y aplicada, particularmente en ámbitos hispánicos, tendrá realmente difusión al llegar el medio siglo. Su eco en las letras argentinas es prueba contundente.

Volviendo una vez más a la *Historia* de Ricardo Rojas, quizás sea el momento oportuno de trazar ahora una breve historia de la *Historia*, con la especial referencia a las periodizaciones que registra. Por lo pronto, los primeros esbozos, de 1913, no anticipan la estructura que tendrá la obra de 1917-1922. En 1913 habla de etapas político literarias, por un lado (1. Los orígenes; 2. La Revolución; 3. La Proscripción; 4. La Organización; 5. La Actualidad). Y, por otro, de épocas estéticas (1. El Clasicismo; 2. El Romanticismo; y 3. El Modernismo)¹¹

Como sabemos, la versión definitiva de 1917-1922 nos presenta la reconocible estructura mixta de las cuatro

calza bien como perspectiva "argentina", en la que, claro, Rojas se coloca. A su vez, aceptamos que también tenía coherencia, desde su punto de vista, el orden final que Menéndez y Pelayo le concedía...

10 Cf., Eugenio D'ORS, Los diálogos de la pasión meditabunda, Madrid, 1923. pp. 163-175.

11 Ver Ricardo ROJAS, "La literatura argentina" (En la revista Nosotros, ed. citada, pp. 345-354).

partes que configuran: a) un género autóctono diacrónico (Los Gauchescos), y b) tres épocas histórico político literarias (Los Coloniales, Los Proscriptos, Los Modernos). Esta es, claro, la periodización que identificamos con la *Historia de Rojas*, que se repite en las dos ediciones posteriores (1924 y 1948), y en las cuales lo generacional tiene poca o ninguna cabida. Sin embargo, la precisión me obliga a decir que hay un "Discurso" de Ricardo Rojas, de 1923, vinculado precisamente a un homenaje que se le rinde con motivo de esta obra, donde se detiene en el tema. Si bien el eje de su discurso lo constituye la "Nueva Generación" que le rinde el homenaje (que no es otra que la de la revista *Inicial*, de Buenos Aires), hay en el "Discurso" algunas reflexiones que podemos recordar. Como cuando señala que "la historia de un pueblo no es sino la historia de sus generaciones", o como cuando subraya que "las generaciones de la simple cronología no cuentan en la historia", con alguna mención a la "Generación de 1837". Pero todo -o casi todo- se resuelve en comentarios "líricos": así entendemos cuando señala:

"Se dice que una nueva generación ha llegado cuando, por una suerte de intuición mística, se advierte que del fondo altísimo de las estrellas han descendido miríadas de almas nuevas para poblar el mundo"¹².

Finalmente, este breve itinerario sobre Ricardo Rojas y las "generaciones" se clausura con un párrafo del *Post-scriptum* que agregó Rojas a la última edición de su obra (es decir, la de 1948). Allí aprovecha para darnos brevísimas semblanzas de los autores argentinos muertos entre 1922 y 1948 (recordemos que entre ellos figuran Lugones, Joaquín V. González, Payró, Güiraldes, Alfonsina Storni y otros). Precisamente, la semblanza de Joaquín V. González le permite trazar una rápida sucesión generacional: 1810, 1837, 1853, 1861, 1880, 1900. Pero todo de manera tan escueta que lamen-

12 Cf., Revista *Inicial*, "Ricardo Rojas y la Nueva Generación" (Diciembre de 1923). En La obra de Rojas, ed. citada, pp. 456-462.

tamos no haya dedicado al tema un espacio mayor. Sobre todo, porque vemos que aquí parece responder a otras incitaciones que las que originaban su "Discurso" de 1923...¹³.

III. El método generacional

De más está decir, pues, que cuando me refiero al "método generacional" estoy ya hablando, como corresponde, de teorías, con detallados fundamentos y con ramificaciones que llevan en sí la incitación a aplicaciones sistemáticas. Como tantas veces se ha dicho, esas teorías nacieron con la intención de superar las concepciones, utilizadas desde tiempo inmemorial, en que el nombre de *generación* llevaba en sí la simple apelación a la idea biológica.

Sobre esta base, es ya una especie de lugar común afirmar que, con el precedente valioso de W. Dilthey (en su estudio sobre Novalis, de 1865), las teorías generacionales nacieron en nuestro siglo, alrededor de la década del 20. Y que, en su desarrollo, se destacan aportes españoles (con el ejemplo obligado de Ortega y Gasset), alemanes (con los no menos citados testimonios de Pinder y Petersen) y franceses... Suele subrayarse, asimismo, la prioridad orteguia-

13 Cf., Ricardo ROJAS, Historia de la Literatura Argentina. IV. Los Modernos, II, Buenos Aires, 1948, p. 633.

Un esquema de la "historia" de la Historia de la literatura argentina de Ricardo Rojas es el siguiente:

1) 1913. "La literatura argentina". Anticipo (En la revista Nosotros, ed. citada).

2) 1917-1922. Primera edición. Cuatro volúmenes. Buenos Aires.

3) 1923. Discurso. (Sobre las "generaciones". Ricardo Rojas y la "Nueva Generación". Revista Inicial, de Buenos Aires).

4) 1924. Segunda edición. Ocho volúmenes. Madrid-Buenos Aires.

5) 1948. Tercera edición. Ocho volúmenes. Buenos Aires. Breve agregado. Generaciones.

na, teniendo en cuenta que el primero de los dos libros que dedicó al tema (con algún breve anticipo circunstancial) es *El tema de nuestro tiempo* (Madrid, 1923). El otro es, sabemos, *En torno a Galileo* (Madrid, 1933). De paso, reitero, es justo mencionar aquí el nombre de Eugenio D'Ors. Y, a propósito de Pinder y Petersen, con un desarrollo más específico a la materia literaria en Petersen, que sus estudios fundamentales son, respectivamente, de 1926 y 1930¹⁴.

Respetando el orden cronológico, es obligada también la mención de la bibliografía francesa, sobre todo a través de las difundidas obras de Albert Thibaudet (*Histoire de la littérature française*, 1936) y de Henri Peyre. (*Les Générations littéraires*, 1948)¹⁵.

Como he dicho, es de rigor destacar en este tópico la significación, no corriente, de la bibliografía española, que culmina en los libros de Ortega y Gasset, más el aporte complementario que representan las obras de Julián Marías. En especial, la titulada *El método histórico de las generaciones* (1a. ed., Madrid, 1949; 4a. ed., ampliada, Madrid, 1967). Lo que sí me llama la atención -repito- es el silencio que ha merecido la temprana glosa de Eugenio D'Ors, de 1923. Por lo pronto, no la menciona Julián Marías en su recopilación de datos. Es cierto que las disquisiciones teóricas de Xenius, que parten de una periodización argentina de José Gabriel, se caracterizaron por su brevedad, pero tienen, aparte de su antelación cronológica, algunos méritos que obligan a

14 Wilhelm PINDER, Das Problem der Generation in der kungsgeschitel Europas. Berlin, 1926. Hay traducción española: Buenos Aires, 1926.
Julius PETERSEN. Die Literarischen Generationen (incluido en E. ERMATINGEN, y otros, Philosophie der Literatur Wissenschaft. Berlin, 1930). Hay traducción española, de Carlos SILVA, con el nombre de Filosofía de la ciencia literaria, México, 1946, pp. 137-193.

15 Cf. Albert THIBAUDET. Histoire de la littérature française de 1789 à nos jours (2 vols., Paris, 1936);
Henri PEYRE. Les générations littéraires (Paris, 1948). Ver mi reseña de esta obra, publicada en la Revista de Historia de las Ideas, I, Tucumán, 1950, pp. 101-105.

recordarlas¹⁶.

Hecha esta salvedad, es de rigor señalar que las dos concepciones más difundidas entre nosotros son las de Petersen y Ortega, con cierta prioridad, en la aplicación, de la primera, aunque con predominio general de la segunda. De más está decir que nuestro punto de referencia será siempre el que tiene que ver con las letras argentinas. E insisto, una vez más, en que las aplicaciones no han sido inmediatas, y que corresponden, prácticamente, a los años posteriores a 1950.

Con las dificultades que supone sintetizar las dos concepciones, diré que la de Petersen, con su serie de ocho condiciones, se caracteriza por su mayor complejidad. O, si preferimos, por su exceso de condiciones. De sobra conocidos, podemos, sin embargo, recordar una vez más sus ocho condiciones o factores: 1) Herencia; 2) fecha de nacimiento; 3) elementos educativos; 4) comunidad personal; 5) experiencias de la generación; 6) el guía (o caudillo); 7) el lenguaje de la generación; y 8) anquilosamiento de la vieja generación¹⁷.

Como contraste (eso sí, más allá de las divisiones cronológicas marcadas por las edades), resaltan las dos condiciones básicas que propone: Ortega y Gasset, aunque conviene

16 A propósito de Eugenio D'Ors, repito que es evidente el silencio que ha caído sobre su nombre, en buena medida -sospecho- debido a factores políticos, que ya no tienen mayor justificación.

¡Y pensar que en el primer tercio del siglo disputaba a Ortega fama y difusión! Por lo pronto, no podemos negar que el propulsor del "Novecentismo" tuvo en la Argentina, en un comienzo, tanto o más prestigio que Ortega, tal como lo revelan, hacia 1920, círculos de Córdoba y Buenos Aires...

17 Ver Julius PETERSEN, Las generaciones literarias, trad. citada, pp. 164-188. Sin pasar revista a todos los factores, recuerdo, a propósito del lenguaje de la generación, sensatas palabras de Raimundo Lida. Este tiene muy en cuenta los comentarios de Ramón Menéndez Pidal sobre la continuidad que se da en España, superpuesta, con frecuencia, a distinciones generacionales. (Cf., R. LIDA. "Períodos y generaciones en historia literaria" en Letras hispanicas. México, 1958. Reimpreso en 1961, p. 312).

agregar de inmediato que la sola mención de los dos fundamentos que expone no representan una totalidad realmente abarcadora. Aunque también sean harto conocidas, para Ortega el concepto de generación no implica, primariamente, más que estas dos notas: 1º) tener la misma edad (con el apoyo en la idea de coetaneidad); y 2º) tener algún contacto vital¹⁸.

Si bien cabe la aclaración de que Petersen centra su teoría en la *literatura* y Ortega la centra en la *historia* (Pinder, a su vez, lo hace en las artes plásticas), es indudable que, con tanta o mayor frecuencia, la aplicación de las ideas de Ortega han tenido como campo más propicio el de las letras. Por otra parte, y más allá de lo que Ortega encarece como simplicidad de los dos caracteres que apunta, no podemos negar que hay explicables aproximaciones entre las dos teorías. Dejando a un lado las coincidencias (las dos notas de Ortega se reiteran en la 2a. y la 4a. de Petersen), hay otros rasgos que Petersen subraya, como los "elementos educativos", que pueden entrar en la "comunidad personal", y hay otros, como "la herencia" y "el guía" (o caudillo), que tienen tanto a favor como en contra. En cuanto al rotundo "anquilosamiento de la vieja generación" de Petersen, sí se contrapone, en buena parte, con la distinción entre los conceptos de "generaciones revolucionarias" y "generaciones cumulativas", que nos propone Ortega¹⁹.

También es conveniente agregar que la visión resulta incompleta—lo estamos viendo— si pretendemos reflejar el pensamiento de Ortega y Gasset aferrándonos exclusivamente a las dos notas o caracteres que destaca. Algo nos dice, por ejemplo, esta distinción de las generaciones revolucionarias y cumulativas. Y algo más, si atendemos al respaldo mutuo, y complemento, que constituyen las dos obras esenciales de Ortega dentro de este tópico. Claro está: *El tema*

18 Cf., José ORTEGA y GASSET. En torno a Galileo (1933). (ver Obras completas, V, ed. de Madrid, 1947, p. 38).

19 Cf. José ORTEGA y GASSET. El tema de nuestro tiempo (1923). (Ver ed. de Buenos Aires, 1946, p. 58).

de nuestro tiempo (1923) y *En torno a Galileo* (1933)²⁰.

La insistencia en los nombres de Ortega y Gasset y Petersen de ninguna manera borra los de otros críticos o autores que también nos dejaron atinadas reflexiones sobre el concepto de generación. De manera especial, comentarios de aquel brillante ensayista que fue Albert Thibaudet, sin olvidar que en él el concepto de generación tuvo un lento proceso, antes de llegar a su obra mayor (ya póstuma) de 1936. Así, en 1925, en *Le liseur de romans*, escribía:

"Ce qu'on appelle une génération littéraire c'est peut-être, tout simplement, une certaine manière comme de poser des problèmes, avec des manières tres différentes de les résoudre, ou plutôt de ne

20 Con motivo de la publicación de El tema de nuestro tiempo, en 1923, escribió don Manuel García Morente un comentario. Copio unas líneas:

"Para Ortega, las generaciones hacen la historia. La generación es el elemento mínimo de la gran cadena. Unas generaciones continúan las labores del pasado; otras, innovan, cambiando de punto de vista y, por lo tanto, de perspectiva. Pero cada generación, tomada en sí misma, constituye una unidad de pensamiento, de sentimientos, de vida y creencias, de afanes y empresas..." (M. GARCIA MORENTE. "El tema de nuestro tiempo (Filosofía y Perspectiva)". En la Revista de Occidente, II, N° V. Madrid, 1923. p. 214.

Está de más que me refiera a la extraordinaria difusión de Ortega y Gasset en el mundo hispánico. Y, como es fácil mostrar, en pocos países, fuera de España, tuvieron sus ideas tanta repercusión como en la Argentina. Por descontado, me refiero a una totalidad que desborda el de por sí importante tema de las generaciones. Un autor español, Julio J. Carabias, comentaba en 1973 a propósito de El humor en la prensa española (Madrid, 1973, p. 127): "Se pueden escribir cien páginas sin citar a Ortega". Algo semejante, con la misma ironía, cabe decir acerca de la expansión ganada por Ortega entre nosotros. Con sus libros sobre las generaciones en lugar destacado...

les pas résoudre(...)21.

Y esto es lo que leemos en parte explicativa de la *Histoire de la littérature française*:

"Pour notre part, nous adoptons un ordre dont nous paraît avoir l'avantage de suivre de plus près la démarche de la nature, de coïncider plus fidèlement avec le changement imprévisible et la durée vivante, de mieux adapter aux dimensions ordinaires de la vie humaine, la réalité et le produit d'une activité humaine: c' est l'ordre par générations (...)"22.

En general, las reflexiones de Thibaudet sobre las generaciones literarias carecen de la espectacularidad de los casilleros y de los aspectos llamativos que suelen conceder cifras y divisiones cronológicas. Pero aporta sensatos juicios sobre la naturaleza huidiza que constituye la obra literaria, aparte de su intención de no establecer estructuras muy rígidas en la materia. Por último, y como acotación bibliográfica, es bueno saber, más allá de la burla malhumorada de Borges, que Thibaudet murió sin haber dado a su obra el toque final que correspondía. Lo que no obsta para que la consideremos como una útil visión de las letras francesas a partir de 1789...

En fin, sin la pretensión de mostrar una lista de nivel parejo, y, menos aún, al deseo de agotar una bibliografía nutrida, agrego una serie de nombres, varios de los cuales se centran en la aplicación del concepto a las letras hispanoamericanas: Henri Peyre, Julián Marías, José Antonio Portuondo, Segundo Serrano Poncela, Guy Michaud y José Juan Arram23.

21 Cf. Albert THIBAUDET. Le lecteur de romans. París, 1925. p. 200.

22 Cf. Albert THIBAUDET. Histoire de la littérature française de 1789 à nos jours, I, ed. citada, p. XI.

23 Preciso otros nombres de la bibliografía: Julián

IV. El método generacional en la literatura argentina

Ya hemos visto como, si bien la aparición de las teorías sobre los métodos generacionales apenas sobrepasa los cincuenta años, este lapso puede aún achicarse al tener en cuenta los primeros intentos de aplicación sistemática (más o menos sistemática). Y, si nos atenemos, como corresponde, a nuestra meta, vale decir, a su aplicación a la literatura argentina, el lapso se reduce a poco más de treinta años. Por otra parte, no creo que sea necesario insistir de nuevo en que estas consideraciones dejan de lado, por los motivos tantas veces dichos, las relativamente numerosas periodizaciones que, a lo largo del siglo XIX, hablaban de "generaciones". Pero bien sabemos que lo hacían dentro de una muy limitada concepción de "generaciones biológicas", y fuera por lo tanto de los fundamentos más o menos elaborados que abarcamos con los nombres de "métodos" o "sistemas" generacionales.

Con respecto a los trabajos que situamos en los últimos cincuenta años es necesario distinguir además entre aquellos enfoques, los menos, que han pretendido ceñirse de manera total a una teoría determinada (por lo común, Petersen u Ortega), y aquellos otros, los más, que se reducen a un aprovechamiento parcial o fragmentario. O, en fin, a tratamientos poco sistemáticos que, en ocasiones, nos retrotraen a periodizaciones del siglo XIX.

En mi caso, reitero una vez más mi deuda con ideas de Ortega y Gasset, pero sin el sacrificio de convicciones que me llevan a descartar rasgos vulnerables de su teoría. Como los que manifiestan sus períodos "fijos" de quince

MARIAS, El método histórico de las generaciones (1° ed., Madrid, 1949; ver 4° ed., ampliada, 1967); José Antonio PORTUONDO, "Períodos y Generaciones en la historiografía literaria hispanoamericana". (En Cuadernos Americanos, de México, 1948, VII, 3, págs. 242-252); Segundo SERRANO PONCELA, "Las generaciones y sus constantes existenciales". (En la revista Realidad, Buenos Aires, 1949, N° 16); José Juan ARROM, Esquema generacional de las letras hispanoamericanas (1° ed., Bogotá, 1963; 2° ed., Bogotá, 1977); G. MICHAUD, Introduction a une science de la littérature (París, 1950)...

años, y, no menos, su gradación de las "edades del hombre", dispuestas igualmente como entidades de rigor matemático. Así, la aplicación lisa y llana de la teoría de Ortega a ciertas épocas históricas nos lleva en ocasiones a situaciones que lindan con lo disparatado. Digo esto pensando, por ejemplo, en una época como la del Romanticismo. Y aún fuera de esta época, no siempre nos convence la distinción nítida que Ortega establece entre las etapas de "gestación o creación y polémica", por un lado, y las de "predominio y mando", por otro²⁴.

Y una cosa importante que a menudo se olvida: Ortega nos da, es cierto, un sistema generacional, defendido con su acostumbrada habilidad dialéctica. Pero no lo respalda, como corresponde, con una aplicación detallada, ya que sería exagerado considerar "aplicaciones" válidas a ciertas series breves y circunstanciales que Ortega nos ofrece. En fin, no es posible dejar de lado, una vez más, el principio de que la mejor teoría es la que se muestra a través de una convincente ejemplificación. En su caso, sin desconocer - repito- la atractiva presentación de sus ideas, lo concreto es lo que se ha dado a través de las aplicaciones hechas por discípulos y lectores más o menos preparados. En la descendencia de Petersen, lo que ha prevalecido es el aprovechamiento parcial o fragmentario. Y no entro, en este tópico, en los problemas de las malas interpretaciones o de las simples citas o notas superficiales...

Precisamente, hay un aspecto en el que he hecho hincapié en diferentes ocasiones, y tiene que ver con los

24 Cf.:

"Lo único que podemos aprovechar, desde luego, para la concepción de nuestro tiempo, es el principio general de que cada quince años cambia el cariz de la vida". (ORTEGA y GASSET, En torno a Galileo, ed. citada, p.53).

Antes de considerar las edades del hombre, distinguía: "de treinta a cuarenta y cinco, etapa de gestación o creación y polémica; de cuarenta y cinco a sesenta, etapa de predominio y mando". (Id., p. 49).

períodos "fijos" de quince años o de otras cifras propuestas. Por mi parte, aconsejado por la materia espiritual que significa, esencialmente, la literatura, me he inclinado por los períodos oscilantes, que pueden aceptar los quince años como eje o término medio, pero no como períodos fijos. Igualmente, aunque esto pueda tener un carácter más restringido o externo, no me explico el por qué de la denominación de las generaciones por los años de nacimiento, cuando lo elemental, tratándose de escritores, es atender a aquello que realmente los identifica y acerca en la periodización. Es decir, la obra, de una aceptada madurez, que los pone de relieve. Los años de nacimiento (o, si preferimos, el concepto de coetaneidad postulado por Ortega) constituyen, aceptamos, un punto de referencia obligado, pero dentro siempre del segundo plano y complemento en que los coloca la *obra* del escritor.

A manera de síntesis, diré que mi periodización de generaciones literarias argentinas se ordena en una sucesión cronológica apoyada en los cinco factores que enumero:

- 1) *Defensa del nombre.* Un año con peso definidor. Por descontado, en varios de ellos se imponen denominaciones ya aceptadas y con buen respaldo, que no debemos tener urgencia en borrar.
 - 2) *Fondo político social.* Sin reducir este rasgo a un factor predominante, pero sin quitarle tampoco, cuando corresponda, su valor efectivo. No se trata tampoco, como se estiló en ciertas épocas, de una simple aplicación del concepto de "la literatura como reflejo de la sociedad" (y viceversa).
 - 3) *Ideas y centros culturales.* Aunque el fenómeno literario no esté siempre ligado a esos centros, y menos a las formas que revisten carácter "oficial".
 - 4) *El periodismo, en general.* Con especial referencia, claro, a las revistas literarias, suplementos, etc. Y sin olvidar tampoco lo que se vincula al movimiento editorial de esos años.
- y 5) *Como culminación, la literatura: autores y obras.* Resulta gratuito que me detenga en subrayar la significación de este sector.

Lo único que cabe agregar es que el orden que señalo debe entenderse como el final de un proceso sistemático, cuyo orden natural es, más bien, inverso, puesto que el punto de partida no debe ser otro que aquel que constituyen autores y obras.

Por último, la serie que enumero no descarta la posibilidad de otro factor o factores que puedan contribuir mejor a registrar una presencia generacional. Sin dejar de lado, asimismo, con los fundamentos del caso, la posible aplicación del concepto de "promoción"²⁵.

V. Una serie generacional

Aunque en buena medida deba referirme a varias obras ajenas, algunas tan alejadas como al *Esquema generacional de la literatura argentina*, elaborado alrededor de 1950 y publicado en 1954, tanto éste como otros estudios me permiten

25 También creo que, vinculado al concepto de generación, tiene asimismo validez el de promoción, como recurso complementario que, en determinados momentos, puede ayudar a ver una nueva presencia de grupo con personalidad definida. Importa señalar al respecto que ya en 1923 Eugenio D'Ors especificaba, brevemente aunque con fundamentos, la diferencia entre generación y promoción. En otro sector, me parece posible que Roberto F. Giusti, en 1927, si bien se refería en forma irónica a los jóvenes escritores que porfiaban por imponer los conceptos de generación y promoción, está pensando, sobre todo, en los jóvenes argentinos influidos por Eugenio D'Ors. Curiosamente, las definiciones de Xenius, en especial la de generación, responden al carácter de sus "glosas": así, la generación es el "salto en la rosa de los vientos del ideal". En forma más concreta, ve la promoción como "un simple cambio". (Ver E. D'ORS, Los diálogos de la pasión mediatunda, Ed. citada, págs. 163-175).

En fin, sobre generaciones y promociones, ver, también, Luis Alberto SANCHEZ, ¿Tuvimos Mestros en nuestra América?. Buenos Aires, 1956. p. 15; Pedro LASTRA SALAZAR. "Las actuales promociones poéticas". En el Homenaje a Juan Uribe Echevarría. Santiago de Chile, 1960; David VINAS, Juan Carlos GHIANO y otros...

redondear el itinerario que, sin mayores pretensiones, expongo a continuación.

En primer término, una vez más debo hacer hincapié en la escisión que, en particular para las letras argentinas, determinan los dos sectores que llamamos simplemente literatura colonial y literatura de la época independiente.

Una cosa es, como ya señalaba Alberdi en 1841, reconocer que en los siglos coloniales están nuestras raíces culturales, y otra, muy distinta, pretender, sobre esta idea, el establecimiento, durante aquellos tres siglos, de una sucesión de generaciones literarias. La verdad es que, en diferentes momentos, llegaríamos a situaciones grotescas o de vacíos.

A propósito de Alberdi, recordemos de paso que, después de su defensa (no "polémica", como se la nombra con ligereza) redujo su corta periodización de dos etapas o "generaciones" a los treinta años que partían de 1810. Y, ampliando el mapa a la América Hispánica, aun con la ayuda que representan regiones con mucho mayor brillo colonial que el Río de la Plata, críticos como Pedro Henríquez Ureña y José Antonio Portuondo también consideraron más fundado establecer diferentes periodizaciones al estudiar, por un lado, los siglos XV-XVIII (siglos o épocas) y, por otro, los siglos XIX - XX (generaciones)²⁶. Si bien es justo decir que esa especial perspectiva no arredró a otro destacado crítico posterior, José Juan Arrom, quien estableció, a partir de 1474, una serie de generaciones "fijas", de treinta años, que llegan hasta 1954²⁷.

Por supuesto, el panorama de la literatura argentina (lo que podemos llamar literatura argentina) en los siglos XVI-XVIII no se caracteriza -repito- ni por su brillo, ni por su abundancia literaria. De tal manera, lo que realmente

26 Cf. Pedro HENRIQUEZ UREÑA, Literary Currents in Hispanic America Cambridge, Mass., 1945; José Antonio PORTUONDO, "Períodos y Generaciones en la historiografía literaria hispanoamericana", ed. citada,, pp. 242-252.

27 Ver José Juan ARROM, Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Ensayo de un método 2a. ed., Bogotá, 1977.

está a nuestro alcance nos obliga, en ocasiones, a formar una "generación" con un solo nombre... Razón más que válida para evitar un ejercicio tan deprimente. Y aquí, de más está decirlo, no sirve el juego, ensayado en diversas ocasiones, de llenar los vacíos con autores y obras que nada tienen que ver con la "literatura". Aun dentro de la amplitud que a menudo debemos conceder a manifestaciones que identificamos con este nombre. En fin, éste era el motivo por el cual, en el volumen introductorio que publiqué hace años con el título de *Literatura Argentina. Palabra e imagen* (I), eludí, con las aclaraciones pertinentes, un planteo de tipo "generacional". Y, a través de unos pocos autores, procuré justificar un itinerario histórico que permite, por un lado, la diferencia cronológica (Conquista, Colonia, Precedencia revolucionaria) y, por otro, la sucesión de los estilos de época (Renacimiento, Manierismo, Barroco y Neoclasicismo, con la falta indudable del Rococó)²⁸.

De esta manera, con el explicable cambio que significa la época revolucionaria, aparece mucho mejor respaldado un itinerario generacional a partir de 1810, Sin que me resguarde en su ejemplo, recuerdo de nuevo que las dos primeras periodizaciones de la literatura argentina, las dos de 1841, tenían ya, aun dentro de su corta perspectiva, este punto originario (con la salvedad, tal como he dicho, de Alberdi, con respecto a los antecedentes coloniales).

Sobre esta base, paso ahora a enumerar, a partir de 1810, las doce generaciones que nos acercan a los días que corren. No pretendo, repito una vez más, generaciones "inamovibles", sino, en todo caso, "defendibles" a través de razones que ya expuse o que, simplemente, puedo todavía agregar.

- 1) Generación de 1810.
- 2) 1821.
- 3) 1837.

28 Ver Literatura Argentina. Palabra e imagen. I, ed. de Buenos Aires, 1969. ver también "Literatura Colonial y Literatura de la Época Independiente" (En Hispanoamérica y su expresión literaria. 2a. ed., Buenos Aires, 1983. pp. 31-47).

- | | |
|-----|-------|
| 4) | 1853. |
| 5) | 1866. |
| 6) | 1880. |
| 7) | 1896. |
| 8) | 1910. |
| 9) | 1924. |
| 10) | 1940. |
| 11) | 1955. |
| 12) | 1968. |

Observemos que en la serie generacional que presento incluyo tanto denominaciones corrientemente aceptadas como otras de identificación menos común. Por otra parte, las previsible dificultades que siempre ofrecen las que se acercan a nuestros días y que carecen de la perspectiva necesaria.

Sobre esta base, el conjunto nos muestra que no hay mayores impedimentos en aceptar denominaciones de firme consistencia como son, claro, las tan citadas generaciones de 1837 y 1880²⁹. Denominaciones nacidas -sabemos- fuera de sucesivas y sistemáticas series, pero con individualidad suficiente como para descartar cualquier intento de desplazamiento o cambio. Y que obliga a que se las mantenga en los diversos grupos clasificatorios, nacidos a lo largo de nuestro siglo como enfoques hechos con mayor o menor ambición "científica".

En otros casos, se trata de cortos desplazamientos que, por supuesto, corresponde explicar de manera adecuada. Así, por ejemplo y para referirme a un caso bastante reiterado, no creo que haya problemas para identificar lo que yo llamo "Generación de 1924" (y doy los fundamentos necesarios) como lo que otros llaman "Generación de 1922".

Sin pretender pasar revista a todas las variantes, diré que entre las notas más llamativas que presento figura la "Generación de 1866"³⁰. Generación que hoy, a años de

29 Cf. con mi estudio sobre "El 80 y el concepto de generación". En Cuadernos Tucumanos de Cultura, n° 3. Tucumán, 1981. pp. 49-63).

30 ver también Diego F. PRO. Periodización y caracterización de la historia del pensamiento argentino. Santa Fe, 1962.

mi primitivo esquema, creo que puedo respaldar aún mejor.

Con respecto al año 1896, me resulta sorprendente ver cómo en ciertas periodizaciones no se repara en el carácter nítido de esta fecha a través de la presencia entre nosotros, y a su innegable repercusión, de Rubén Darío. Y, en fin, a lo que este año representa en su bibliografía, con dos obras que hasta tienen resonancias simbólicas³¹, junto a los ecos que también encuentran en un grupo valioso de autores argentinos.

En otro, nivel, llama la atención leer, en algunos trabajos elaborados en las últimas décadas, periodizaciones generacionales que no sólo se atienen a las series del pasado (y del presente), sino que, quizás impulsados por una extraña "ley de la inercia", aspiran también a darnos "generaciones futuras". De donde vemos que si no es fácil ponernos de acuerdo sobre las generaciones pasadas (y las pruebas están a nuestro alcance) podemos imaginar lo que puede ser este peligroso juego "futurologista", apoyados, claro, en nuevas cifras y en adivinaciones sobre características y tendencias... Es cierto que en algún raro ejemplo de las generaciones tal como las distinguían críticos del siglo XIX aparecían ya algunos esbozos semejantes, si bien no pasaban de ser simples deseos, y no minuciosos cuadros anticipatorios.

Por último, quiero insistir en la idea de que, aunque me inclino por las particiones de tipo generacional, de ninguna manera pretendo desconocer, en determinadas circunstancias, la posibilidad de aplicar el concepto de "promoción". Así, sin pretender ir más allá de una lista provisoria, creo que hay ciertos respaldos como para ensayar este desdoblamiento en generaciones, valga el ejemplo, como las de 1837, 1880, 1896, 1924 y 1950... Lo importante, me parece, es no abultar a toda costa y porque sí las nuevas inserciones .

31 Llama la atención, en la Enciclopedia de la literatura argentina dirigida por Pedro Orgambide y Rodolfo Yahni (Buenos Aires, 1970), la ausencia de Rubén Darío. Sobre todo, después de incluir una detallada semblanza de Unamuno. Verdad es que, fuera de la importancia general de Darío en las letras hispánicas, no puede comprenderse la evolución de literaturas como las centroamericanas, la chilena, la argentina y la española, con la omisión de Rubén Darío...

VI. Posibilidades y limitaciones

A más de medio siglo de la aparición de los métodos generacionales puede verse con cierta claridad el itinerario recorrido. Itinerario que corresponde a las etapas previsibles: en un principio, no muy apresurado, el entusiasmo de los seguidores y exégetas. Paralelamente, las burlas más o menos ingeniosas de los que no creían, o creían poco, en las virtudes del sistema. Así, recuerdo al pasar (Jules Renard sería un especial anticipo) comentarios de Ernesto Giménez Caballero, Ramón Gómez de la Serna, Roberto F. Giusti, Borges, Silvio Villegas, Rafael Maya, y algunos otros ³².

Por lo pronto, estas manifestaciones adversas eran, a su manera, un reflejo de la expansión ganada por el problema de las "generaciones". Y, en primer lugar, por las generaciones literarias. Petersen y Ortega, u Ortega y Petersen solían ser los fundamentos más utilizados. Y a ellos se unió, años después, el análisis críticos de Julián Marías, ceñido a las ideas de Ortega, pero sin limitarse a las palabras de su maestro.

Con posterioridad, el camino recorrido nos muestra un paisaje sin sobresaltos, con las apariciones de diversos estudios que, de manera especial, han procurado aplicar el método a las letras hispánicas. Destacamos los que se vinculan al conjunto de la literatura hispanoamericana, y, dentro del cuadro, a las literaturas nacionales. Concretamente, la aplicación a la literatura argentina es ejemplo que se da con alguna frecuencia, ya sea que se aspire a construir una serie generacional, ya sea que se centre, con los resguar-

32 No me detendré en este punto, ni siquiera para defender a Thibaudet de la malhumorada crítica de Borges (que, por otra parte, se borra con otros juicios del propio Borges). Y éste es, a su vez, un testimonio de don Roberto F. Giusti, de 1927:

"(...) los muchachos de algunas revistas novísimas, para quienes generaciones y promociones escolares de fin de curso parecen ser una misma cosa". (R. F. GIUSTI, "Notas sobre Paul Groussac". En Cursos y Conferencias, tercera serie, Buenos Aires, 1927).

dos necesarios, en una generación determinada.

Hoy día, con la casi increíble rapidez con que llegan hasta nosotros los métodos críticos europeos y especiales enfoques de teoría literaria, los métodos generacionales aparecen, para muchos, como problemas que captan en la lejanía, y hasta como tratamientos anticuados. Pero también -y esto es signo que no podemos borrar- como materia fecunda que reaparece de tanto en tanto con nuevos intentos de aplicación.

Yo creo que su defensa está, no en las razones expuestas por aquellos que, sobre todo en sus épocas iniciales, hicieron de los métodos generacionales una especie de panacea, cuya virtud principal surgía de ordenadas series cronológicas: las cifras eran para ellos todo, o casi todo. Una cosa pienso es recurrir a tales métodos con la posibilidad de obtener de ellos algunas ventajas sobre los métodos tradiciones (épocas, estilos, escuelas, géneros, etc.), y otra, muy distinta, atribuirles poderes mágicos, o simplemente sospechar que la ubicación generacional de un autor o una obra resuelve todos los problemas literarios.

También en los sistemas generacionales lo convencional predomina, pero aceptamos -repito- la necesidad orientadora del agrupamiento, de reunir y ordenar un material vasto (vastísimo) que siempre corre peligro de diluirse en lo caótico. Y en este eje radica -me parece- su superioridad sobre otros métodos, con el agregado de que esta especial forma de la historia y la crítica permite en su amplitud, con gradaciones aceptables, la presencia de otras formas que podemos aceptar ya como sistemas mixtos.

A propósito de los métodos generacionales, más de una vez he aproximado, en sus características y problemas, los que suelen presentar los también siempre presentes enfoques de los estilos de época. En particular, los que se vinculan a estilos cuya renovación aparece más patente, o se prestan a actitudes polémicas más visibles en lo que va del siglo. Fácilmente se adivinará que me refiero a estilos como el

manierismo, el barroco, el rococó, el neoclasicismo, el romanticismo...³³.

La proximidad la veo en el hecho de que, dentro de la materia espiritual que tratamos, resulta muy difícil establecer cuadros rigurosos, sea a través de la contundencia de las cifras, sea a través de enlaces llamativos. Así, pretender encerrar, por ejemplo, caracteres válidos del Barroco en un único rasgo individualizador, como se ha tentado, puede ser tarea espectacular, aunque difícilmente válida. Y no hablemos de series comparativas entre diversos estilos de época, donde un único elemento en diferentes perspectivas, como también se ha tentado, es el que marca los cambios. En el otro extremo, tampoco conviene una caracterización muy detallada, porque entonces la eficacia identificadora se diluye en la cantidad.

Con respecto a uno de los métodos generacionales (después de todo, es obvio, tratamos la misma materia) no me olvido de la atracción que suelen ejercer los períodos de quince años, ya como fórmulas matemáticas. O, como decía Ortega, "para hacer de la generación un riguroso método de investigación histórica"³⁴. Pero no dejo de observar que la materia que construye los cuadros difícilmente los acepta. Y no se pierde un relativo rigor científico cuando, en lugar de períodos fijos de quince años, aspiramos, como más fundados, a períodos de quince años promedio. Por lo pronto, es éste el procedimiento que yo he utilizado.

Al dar también a los años de nacimiento un valor ineludible, pero dentro ya de un segundo plano, creo que una vez más rescato el primer plano para la obra (la obra lograda como manifestación de madurez). En fin, la obra por sobre el año de nacimiento, que, si bien prepondera como signo de agrupamiento, no puede tener, por eso solo, un

33 Ver mis libros El Barroco literario hispánico. Buenos Aires, 1969; La literatura barroca en Hispanoamérica. Nueva York, 1972, y, en especial, Manierismo y Barroco en las literaturas hispánicas. Madrid, 1983.

34 Cf. José ORTEGA y GASSET, En torno a Galileo, Madrid, 1956 p. 61.

sentido absoluto. De ahí, aunque no sea eso lo más frecuente, ciertos desbordes o escapes por sobre la valla de la coetaneidad.

Es también importante -me parece- tener en cuenta que una generación no siempre la forman autores "geniales". Más de una vez he acudido a la cita del crítico Philippe van Tieghem (o, mejor, a Daniel Mornet, a través de Philippe van Tieghem) acerca del papel que en la caracterización de una época, una generación, representan los autores secundarios³⁵. Y, en conjunto, pienso que tanto los autores extraordinarios como los que no lo son contribuyen, a su manera, a constituir la generación. Y que por su propio perfil no siempre el escritor de genio es el más indicado para representarla. Pero allí está, y lo aceptamos.

Esto me lleva asimismo a afirmar, contra el parecer de diversos críticos (en especial contra aquéllos que parten de las ideas de Petersen) que uno de los elementos agrupadores por excelencia es el que se origina en las preguntas que el momento histórico formula a los escritores. Pretender igualmente siempre respuestas semejantes sería quizás lo ideal, si bien la realidad nos muestra aquí menor uniformidad o enlaces. Y no veo ninguna contradicción en las variantes.

En fin, decir de un escritor que pertenece, o que forma parte de tal generación es, en lo esencial, apuntar una línea elemental de inserción, con los rasgos comunes más externos. Verdad es que, en algunos casos, nos permite adentrarnos más en su obra, pero lo básico suele ser -reitere- ese ángulo de inserción, que no suele servirnos mucho para penetrar en los valores recónditos de la obra. Con otras palabras, el autor ayuda a conformar *su* generación, pero una vez que nos convence de ello, sube de nuevo a resguardar una individualidad que también le pertenece, claro, más allá de los enlaces generacionales.

Aunque ya establecí el cotejo en otro lugar, me parece ilustrativo exponer de nuevo, como reflejo de actitudes contrapuestas, reflexiones no del todo homogéneas de dos.

35 Cf. Philippe VAN TIEGHEM. Tendances nouvelles en histoire littéraire. Paris, 1930 pp. 21-22.

autores como Raimundo Lida y Jaime Perriau. En realidad, no hace falta anticipar la diversidad de los enfoques. Por una parte, Jaime Perriau, ceñido con entusiasmo a las ideas de Ortega y Gasset, nos ofrece un cuadro de las generaciones históricas argentinas en un difundido libro de 1970³⁶. Por su parte, Raimundo Lida, con bastante anterioridad (su artículo nació con motivo de un Congreso Internacional de Historia Literaria, celebrado en 1935, y con *Actas* de 1937) había escrito un sustancioso estudio, titulado precisamente *Períodos y Generaciones en historia literaria*³⁷.

Concretamente -y vuelvo al orden cronológico-, el artículo de Lida se refiere, tal como su título lo indica, a las "generaciones literarias", en general. Y anticipo, para aquellos que no lo conocen, que no se muestra muy entusiasmado con el método generacional, Ortega incluido.

Por su parte, Perriau aspira -y algo he dicho ya- a una aplicación sistemática de la teoría de Ortega, centrada en vastos cuadros sobre las generaciones históricas argentinas, donde, por descontado, tienen también cabida las manifestaciones literarias. Con esto quiero reiterar asimismo que, en oposición a Raimundo Lida (aunque no lo mencione), la fe de Perriau en las ideas del filósofo español es total, o poco menos³⁸.

En honor a la verdad, Raimundo Lida no niega cierta utilidad al método generacional, si bien reduce esa utilidad a un modesto papel auxiliar. Concretamente, sitúa a este

36 Cf. Jaime PERRIAUX. Las generaciones argentinas. la. ed., Buenos Aires, 1970.

37 Cf. Raimundo LIDA. "Períodos y generaciones en historia literaria". En Letras hispanicas, ed. citada, pp. 25-44 y 309-313.

38 Al margen, debo declarar que, aparte de los datos que doy en el texto, tuve oportunidad de hablar más de una vez con Raimundo Lida -Maestro y amigo- sobre este tema. Los puntos de referencia eran, claro, mi libro de 1954 y el artículo de Lida de 1958.

Por otra parte, si bien no tuve relación personal con Perriau, hubo algunos intentos mutuos de cambiar impresiones, cortados por la inesperada muerte de Perriau. No caben aquí otras observaciones...

método (y cita a Ortega y Pinder) al mismo nivel que al de las periodizaciones tradicionales. Piensa que muchas veces el método generacional obliga al crítico a descuidar el valor estético de las obras, para atender más a aspectos sociales o a la biografía del artista. Su objeción mayor es la de que clasificaciones y estadísticas sirven para lo que en literatura es normalidad, término medio, y no para lo singular y la obra de genio. Así concluye:

"las obras poéticas que pueden explicarse, sin dejar residuo, por su tiempo, su generación o su escuela no son las obras mayores (...)"³⁹.

Mi coincidencia mayor con Raimundo Lida es la de que no hay "períodos naturales", y en que debemos rechazar los períodos "geométricos" (así los llama), al considerar tanto un número fijo de quince años (dejo otros ciclos) como al extenderse a las series, igualmente fijas, de las "edades". Esto, claro, como aproximación. Sin embargo, me parece que una cosa es pretender relaciones, puntos de referencias e inserciones generacionales, y otra, la aspiración de explicar, "sin dejar residuo", la gran obra literaria. Estamos de acuerdo en que los nombres "geniales" que solemos incluir en las series generacionales no son, lamentablemente, los que más abundan, y una vez más tengo en cuenta las reflexiones de Daniel Mornet y Philippe van Tieghem. Y, en fin, que en el caso concreto del método o métodos generacionales creo que su justificación debe estar en un orden sistemático que, con respaldo adecuado y sin desprestigiar elementos de otras periodizaciones, ofrezcan un escalonamiento temporal convincente. La materia sutil que determina las generaciones literarias obliga a no pretender categorías cerradas o absolutas, y sí líneas de inserción. Decir que tal escritor o tal obra pertenecen a una generación es fundamentar un punto de partida, una relación de grupo, y no sus más recónditas esencias. Esto entra ya en otra zona o nivel, difícilmente aprehensible por éste u otro método...

39 Cf. Raimundo LIDA. "Períodos y generaciones en historia literaria", ed. citada, p. 48.

Con posterioridad al artículo de Raimundo Lida, y sin entrar en enfoques intermedios, Jaime Perriau publicó su libro sobre *Las generaciones argentinas* (Buenos Aires, 1970) como un laborioso esfuerzo de aplicación de las ideas de Ortega y Gasset. El libro aspiraba a darnos un cuadro detallado de las generaciones históricas argentinas, con varios miles de nombres y fechas, con tablas ilustrativas que abarcan la compulsa, y hasta con un "geneámetro" de su invención. Desde un principio conviene decir que se trata de una meritoria tarea de aplicación y sistematización. Baste con agregar que es, hasta hoy, el método más ambicioso que se ha realizado entre nosotros en relación al tema.

Dejo de lado los aspectos personales (tanto en lo que se refiere a algún elogio ocasional como en lo que se vincula a su dudosa comprensión de mi *Esquema generacional*) y paso a considerar los rasgos generales del libro de Perriau. Como he dicho, éste declara su intención de aplicar, en forma absoluta, la teoría del filósofo español, ya que, sostiene, las generaciones argentinas mostrarán que el método de Ortega tiene aquí validez absoluta. Más lejos aún, señala que la prueba por excelencia es el cuadro que él presenta.

No podemos soslayar la diferente situación que ofrecen, por un lado, una serie de "generaciones históricas" (como hace Perriau) y, por otro, una serie específica de "generaciones literarias", como yo pretendo, aunque tampoco sea posible negar ciertas vinculaciones.

Lo que en rigor aporta Perriau es un trabajoso recuento de fechas y nombres propios, con la intención de aplicar la teoría de Ortega, y sin olvidarse de los niveles de edad. Su supeditación a Ortega, afirma, es ceñida, lo que no obsta para que agregue algunas novedades, entre ellas, la del "geneámetro", cuya invención declara. Nos dice que, sobre una base de 4000 nombres, ha seleccionado 1.500, que sin duda son (no los he contado) los que figuran en sus tablas. La versación artística de Perriau es endeble. Indica, a propósito de las fechas, cual es la base bibliográfica que ha tenido en cuenta, y allí vemos, como ratificación adivinable, que sus fuentes son, no una frecuentación directa de los textos y obras especializadas de la materia, sino enciclopedias y libros de información general. Así, el número de nombres

propios pudo haber crecido en forma sideral, y los 1.500 pudieron haberse transformado en 10.000 o más ⁴⁰.

Por descontado -y sin apartarnos del ámbito específico que determinan las generaciones literarias- resulta tarea realmente azarosa establecer, sobre las fechas de nacimiento y algunos comentarios superficiales de ubicación y de niveles de edad, respaldos coherentes para una auténtica serie de las generaciones argentinas. Y más en lo que tiene que ver -repito- con las generaciones literarias. Sobre esta base me parece innecesario entrar a puntualizar debilidades o fallas de detalle en la periodización de Jaime Perriau, y sólo pretendo repetir una vez más que, sin negar sus esfuerzos por dar apariencia "científica" al intento, lo que Perriau realmente nos da es una impresionante cantidad de cifras, y una sucesión temporal que nos recuerda más a las "generaciones biológicas" del siglo XIX. Aun con la apariencia de brillo que le prestan las citas de Ortega y Gasset, y, no menos, el crecido número de nombres propios con que defiende las respectivas generaciones.

VII. Conclusión.

Aunque no pretendo mostrarlo como singularidad de la literatura argentina, llama la atención el hecho de que, tempranamente, tuvieron los argentinos la necesidad de establecer periodizaciones, y, en forma paralela, tablas de valores⁴¹. Así entendemos aquellos primeros ensayos.

40 De esta manera, la obra de Perriau se ha convertido para muchos en una especie de Quién "fue" y quién "es" quien en la Argentina, con estructura diacrónica y apariencia "científica". Esto demuestra, sobre todo, la seducción que aún sigue ejerciendo este tipo de obra, aún reducido a acumulación de nombres propios y fechas, y más allá de la fragilidad que suele envolver a la mayor parte de los Quién es quien...

41 Creo que calza bien aquí, como nota final, una breve cita de Pedro Henríquez Ureña, de 1920:

"Cada generación (¿verdad, Enrique Díez Canedo?) ebe justificarse críticamente

alrededor de 1840. Claro que lo de "tempranamente" lo establecemos (o, mejor, se estableció) tomando como punto de partida el año inaugural de 1810. Dentro de la cronología política al uso, hubiera resultado entonces tarea harto compleja el pretender puntos de partida anteriores a 1810: ni el concepto de literatura "colonial", ni, menos aún, el escaso brillo cultural del Río de la Plata a lo largo de tres siglos inclinaban a apoyarse en aquella extendida época. Después, sí, antiespañolismo a un lado, se lo tuvo en cuenta, con sus más y sus menos, y como nuestro período de orígenes.

Es patente que, a partir de los informes de Florencio Varela y Juan Bautista Alberdi, de 1841, contamos con diversas periodizaciones. Periodizaciones que van creciendo hasta fines del siglo, y que alcanzan número apreciable a lo largo del siglo XX, hasta llegar a los días que corren. En forma paralela, si bien en menor proporción, asoman voces -destacadas voces- que niegan la existencia de una "literatura argentina". Aunque esto no arredra a la gran mayoría, que defiende el signo positivo con acumulación de datos, con periodizaciones y hasta con cuadros comparativos.

Reconocer el hito que, ya en nuestro siglo, significó la difundida *Historia* de Ricardo Rojas no equivale a afirmar, como hacen todavía algunos, que nuestra bibliografía literaria nació con esta obra. Otra particularidad digna de notarse es que en las relativamente abundantes periodizaciones del siglo XIX el tipo más corriente es el generacional. Eso sí, tal como hemos visto y por las causas conocidas, del tipo que hemos llamado "generaciones biológicas". Criterio que después no desaparece del todo, si bien permite la presencia más frecuente, al avanzar nuestro siglo, de "sistemas o métodos generacionales". No sin cierto carácter simbólico, la *Literatura* de Rojas coincide prácticamente en el tiempo con las teorías de Eugenio D'Ors y de Ortega y Gasset, teorías (en especial la de Ortega) que iban a tener difusión entre

rehaciendo las antologías, escribiendo de nuevo la historia literaria y traduciendo nuevamente a Homero". (P. HENRIQUEZ UREÑA. De la prosa castellana en España. Madrid, 1920, n° 267).

nosotros. Por descontado, esto no significa incluir a la obra de Rojas en la serie, aunque —como también hemos visto— algo puede decirse sobre Rojas y las generaciones. Otra verdad demostrable es la de que, si bien admitimos cierta variedad en las periodizaciones (épocas, etapas, ciclos, estilos, generaciones, etc.) es la partición generacional la que predomina. Con las variantes señaladas, y con testimonios que están lejos de agotarse.

Atendiendo al método o métodos generacionales, no han faltado los que han puesto en duda sus méritos, a veces con razón. Y esto último lo vemos como una consecuencia del entusiasmo desmedido de los que, sin duda, exageran las posibles virtudes del método y lo proclaman algo así como una especie de panacea, con el fervor que les transmiten seductoras teorías, no siempre aptas para mostrar en la aplicación las bondades que anticipan.

Sin embargo, yo creo —y me he empeñado en defenderlo— que el método o los métodos generacionales, bien utilizados, resultan herramientas útiles. El secreto, pienso, está en no exigirle más de lo que pueden dar. En considerarlos fundamentalmente, como una línea de inserción y un punto de partida, y en no pretender cuadros cerrados y absolutos.

Sería ideal que un método nos permitiera ir más allá de los límites que señalo. Sería también ideal que un rasgo decisivo, un único rasgo, nos descubriera el secreto, tanto de un estilo de época como de una sucesión generacional (o, siquiera, de una generación). Como esto es difícil de lograr, aspiramos, por lo menos, a que las caracterizaciones no sean confusamente nutridas. Cosa que sí creo está a nuestro alcance.

No hay que entender el relativismo como un signo negativo, sino como una consecuencia de la materia sutil con la cual trabajamos. Más aún cuando el autor o la obra tocan niveles de lo genial. Con todo, hay otras categorías, menos encumbradas, que de ninguna manera quedan fuera de las series y tablas de valores que hacen a la dignidad de un proceso literario nacional.

En fin, me parece pertinente terminar estos párrafos insistiendo, una vez más, en que las periodizaciones literarias

(y, en especial, los métodos generacionales) son, como otros tipos de sistematizaciones, nombres convencionales, defendidos por la crítica con el objeto de ordenar un material vasto y complejo. Y también, una vez más, es el método inductivo-deductivo el que nos permitirá trazar los casilleros y las series respaldadoras que sean más convincentes. De nosotros depende mostrar, por encima del sortilegio de la teoría, la fecundidad de la aplicación...

Universidad de Tucumán